

La oreja de Dionisio o el régimen de la escucha en el Mediterráneo sur

Entre las ruinas de la antigua ciudad grecorromana de Siracusa, sita en la siempre evocadora Sicilia, se abre un curioso espacio llamado popularmente la Oreja de Dionisio. Se trata de una cueva artificial excavada en un farallón, inserto en medio de un bello jardín rodeado de altos acantilados. La oreja de Dionisio reproduce la forma de un pabellón auditivo. La leyenda, repetida hasta la fecha, cuenta que el tirano Dionisio I, en el siglo IV a.C. hizo excavar esta magna cueva, de sonoridad excelente, para espiar secretamente lo que sus prisioneros, encerrados en este lugar circundado por los grandes tajos, decían y tramaban. También se dice que la primera prueba a la que los sometía, como una manifestación visible de su crueldad, era arrojarlos desde un pequeño boquete excavado a modo de tímpano en lo alto de la cueva. Si sobrevivían a la caída y a un prolongado encierro en el interior de la oreja los dejaba vivir en el exterior, en el jardín prisión. Lo que llama la atención de esta leyenda es el terror por el que suponemos debían estar embargados los enemigos del tirano Dionisio, no sólo por los padecimientos sino por el pánico a ser escuchados. Si hacemos caso de la idea popular que reza que todas las leyendas suelen tener un fondo de verdad, ésta en la suya propia nos proyecta hacia el futuro moralizando el presente. Fácil es colegir que este ingenioso aparato de escucha, tan apropiado del tirano que protegió a Arquímedes, nos recuerda repentinamente las dictaduras políticas de todos los tiempos, de éste también, en las que una de las piezas maestras de su inmisericorde domino siempre ha sido algún sistema de escucha.

En las tiranías de los países del Magreb y del Machrek, por no hablar en general de los países de cultura árabe, una de las sensaciones más desagradables para el viajero que procede de sociedades donde el escuchar los secretos de los demás a veces no tiene más sentido que el azar o la curiosidad, es saberse escuchado por los finos hilos del Poder. A través de esos secretos auscultados es como el poder con minúscula se transforma en Poder con mayúscula, es decir en algo que más que liviano, como pretende ser en las sociedades democráticas, es pesado, espeso y por ende arbitrario.

Esta sensación de tener siempre sobre nosotros finas orejas de Dionisio, reproducidas e imitadas por los Ben Alí o los Mubarak de turno, es embarazosa y nos hace ser temerosos de agraviar a los poderes, a veces por los motivos más nimios. Una sensación que Europa misma conoció durante las guerras mundiales cuando carteles fijados en las paredes de las ciudades advertían de que el enemigo había infiltrado espías,

y se recordaba a la población que hablase lo menos posible incluso de lo más mínimo e insignificante, en evitación de dar pistas a los adversarios. Una sensación paranoica de la que cincuenta años después de finalizada la segunda gran contienda europea, y acontecidas las descolonizaciones, no han podido liberarse las gentes de los países que ahora se convulsionan, de la sensación de vivir bajo este complejo de Dionisio. Un complejo que en la mayor parte de las ocasiones acababa transformado en una pesadilla arábica (*Arabic Nightmare*, dixit el novelista R. Irwin), donde el poder acaba por poseernos con sus diabolismos telúricos, con los *djinn* (demonios, en la tradición coránica) a su servicio.

Lo cierto es que hoy día los antiguos “orejas” de Dionisio deben estar desarbolados sin nadie que los mande. En Egipto movieron a los camelleros de las Pirámides para que bajasen a la plaza Tahrir para reprimir a la desesperada, en Túnez se organizaron en grupos de bandidos que sembraban el caos. Pronto se ofrecerán a los nuevos amos de la situación. Cuando Hassan II murió, y se abrió paso la esperanza democrática en Marruecos, también se podía observar a los policías secretos y a sus acólitos desarbolados, sin saber muy bien qué hacer. Habitados a reprimir y a delatar no sabían si proteger a la población, como ingenuamente les habían indicado en los primeros momentos, o si debían seguir haciendo su viejo trabajo de incordio. La situación por un momento se presentó cómica.

Esto nos debe llevar a pensar que una de las tareas más importantes de todos los nuevos regímenes democráticos que se barruntan en el norte de África y más allá es reformar sus policías. Si el espionaje se ha transformado en un pilar de la seguridad internacional al menos cabría pensar que los nuevos “orejas” tengan más formación y hayan asumido al menos cierta transparencia democrática en sus comportamientos. De esta manera podrían recibir incluso en lugar de la oposición de la población su aprobación. Se observa esto en una de las sociedades democráticas más antiguas del mundo, la norteamericana, en la que los espías incluso son ensalzados socialmente, y reciben el homenaje público, sin que nadie cuestione su trabajo. Deben, pues, los nuevos gobernantes democráticos de Egipto, Túnez y otros lugares, huir de cualquier tentación de reconstruir la Oreja de Dionisio, ni siquiera bajo la tentación de defender la democracia misma, y atender a la transparencia.

Desde luego, tampoco se trata de imitar servilmente los modelos occidentales, ya que como Amartya Sen, el premio nobel de economía comprometido con las causas altermundistas, señaló en su momento, la democracia, aun habiendo nacido en su formulación actual en Occidente, tiene formas autóctonas en todos los países que deben ser incorporados a los logros de la libertad. No cabe, pues, pensar que nosotros, los occidentales, encarnamos la “sociedad abierta” en exclusiva y que los otros son por la misma regla de tres la “tribu”, o sea la sociedad cerrada, como quería K. Popper. El norte de África está en una encrucijada de libertad que tiene que encontrar sus propias formulaciones, pero siempre alejándose del ambiente miasmático, enfermizo, que conlleva la Oreja del tirano Dionisio. Y lo que es cierto es que mientras sí o mientras no las palabras libres, como máxima expresión de la democracia, están obligadas a hablar argumentando, sin temor pánico a ser oídos por oscuras orejas.